

General Conference Daily Bulletin, 1895

El mensaje del tercer ángel (nº 13)

A.T. Jones

El tema particular objeto de nuestro estudio hoy es el que encontramos en el versículo 11 del segundo capítulo de Hebreos: "El que santifica y los que son santificados, de uno son todos". Es a los hombres de este mundo, a los hombres pecaminosos, a quienes Cristo santifica. Él es el Santificador. Y él y ellos son *de uno*.

En este capítulo es preciso recordar que estamos estudiando al hombre. En el capítulo primero, como hemos visto, se presenta el contraste entre Cristo y los ángeles, siendo Cristo superior a ellos *como Dios*. En el segundo capítulo el contraste es entre Cristo y los ángeles, estando Cristo por debajo de ellos. Dios no ha puesto el mundo venidero del que habla el pasaje, en sujeción a los ángeles. Lo ha puesto en sujeción *al hombre*, y *Cristo* es el hombre. Por lo tanto, Cristo se hizo hombre; toma el lugar del hombre; nació como nace el hombre. En su naturaleza humana, Cristo vino del hombre del que venimos todos; por lo tanto, en el versículo señalado, la expresión, "de uno" indica que, como todos, procede de uno. Un hombre es el origen y cabeza de nuestra naturaleza humana. Y la genealogía de Cristo, como la de todos nosotros, retrocede hasta Adán (Luc 3:38).

Es cierto que todos los hombres y todas las cosas provienen de Dios; pero el tema en este capítulo es el hombre, y Cristo como hombre. Nosotros somos hijos del primer hombre, y lo mismo sucede con Cristo, según la carne. Cristo en su naturaleza humana es ahora el objeto de nuestro estudio. El capítulo primero de Hebreos trata de Cristo en su naturaleza divina. El segundo, en su naturaleza humana. El pensamiento, en estos dos capítulos, es similar al del segundo capítulo de Filipenses, versículos 5 al 8:

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Más aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"

En el texto se nos presenta a Cristo en las dos formas. Primeramente, siendo en forma de Dios, tomó la forma del hombre. En los dos primeros capítulos de Hebreos *no* se trata de la *forma*, sino de la *naturaleza*.

Repito: En el segundo capítulo de Filipenses encontramos a Cristo en las dos *formas* –la forma de Dios y la de hombre. En los primeros dos capítulos de Hebreos encontramos a Cristo en las dos *naturalezas*, la de Dios y la del hombre. Podría existir algo que teniendo la forma del hombre, no poseyera su naturaleza. Hay trozos de piedra a los que se ha dado la forma del hombre, pero carecen de la naturaleza de este. Jesucristo tomó la *forma* del hombre, es cierto, pero hizo más: tomó la *naturaleza* del hombre.

Leamos ahora el versículo 14 del segundo capítulo de Hebreos: "Así que, por cuanto los hijos [los hijos de Adán, la raza humana] participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo". "De lo mismo" significa de esa forma, de ese modo; de la forma en que se está refiriendo en el pasaje. Por lo tanto, Cristo tomó la carne y sangre *de la misma* manera en que la tomamos nosotros. Ahora bien, ¿cómo tomamos nosotros la carne y sangre? Mediante el nacimiento, y descendiendo de Adán. Cristo tomó la carne y sangre también mediante el nacimiento, y descendiendo de Adán. Porque está escrito que "era del linaje de David según la carne" (Rom 1:3). Aunque David lo llama Señor, Cristo es también hijo de David (Mat 22:42-45). Su genealogía se traza hasta David, pero no se detiene ahí. Va hasta Abraham, ya que es la simiente de Abraham. Tomó sobre sí a

la simiente de Abraham, tal como afirma el versículo 16 del capítulo segundo de Hebreos. Pero su genealogía no se detiene tampoco en Abraham sino que llega hasta Adán (Luc 3:38). Por lo tanto, el que santifica a los hombres, y los que son santificados de entre los hombres, son *todos de uno*. Siendo que todos vienen de un hombre según la carne, “de uno son todos”. Así, del lado humano, la naturaleza de Cristo es precisamente la nuestra.

Veamos una vez más el otro aspecto a fin de ilustrar esa unidad, para que podamos comprender la fuerza de esa expresión según la cual Cristo y nosotros somos todos “de uno”.

A propósito de ese otro aspecto, tal como apunta el primer capítulo de Hebreos, Cristo está *en la naturaleza de Dios*. El nombre de “Dios” que él lleva, le pertenece por el simple hecho de su existencia; le pertenece “por herencia”. Ese nombre le pertenece en toda propiedad por cuanto existe, y tan ciertamente como que existe; y siendo que le pertenece por naturaleza, su naturaleza es la naturaleza de Dios.

Leemos también en el primer capítulo de Juan, versículo primero: “En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios”. La palabra “con” no expresa la realidad del pensamiento tan bien como en otras traducciones. La alemana se acerca más al pleno sentido del original. Dice así: “En el principio era el Verbo, el Verbo estaba *bei* Dios”; literalmente, “El Verbo era *de* Dios”. Y es cierto. En griego expresa la misma idea de que mi brazo es “de mí”, que es de mi cuerpo. El griego dice literalmente, “El Verbo era Dios”.

Eso ilustra el hecho de lo que él es, *en ese aspecto*. De igual forma que en lo referente a su divinidad, él era de Dios, de la naturaleza de Dios, realmente Dios; así también en lo referente a su humanidad: es del hombre, de la naturaleza del hombre y realmente hombre.

En el versículo 14 del primer capítulo de Juan leemos: “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”. Se refiere aquí a lo mismo que en los dos primeros capítulos de Hebreos. “En el principio era el Verbo, el Verbo [era de] Dios, y Verbo era Dios”. Y “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”. Carne y sangre como la nuestra.

Ahora ¿de qué clase de carne se trata? ¿Cuál es la única clase de carne que este mundo conoce? Precisamente la que tú y yo poseemos. Este mundo no conoce ninguna otra carne humana, ni la ha conocido jamás, desde que se hizo necesaria la venida de Jesús. Por lo tanto, dado que este mundo conoce solamente una carne como la que nosotros poseemos, en su estado actual, en el momento en el que “el Verbo se hizo carne”, significa que fue hecho precisamente de la carne que tenemos. No puede ser de otro modo.

¿Qué clase de carne es la nuestra, en ella misma? Vayamos al capítulo octavo de Romanos, y leamos si la naturaleza humana de Cristo encuentra a la nuestra; si es como la nuestra, teniendo en cuenta que la nuestra es carne pecaminosa. “Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo” lo realizó.

Había algo que la ley no podía efectuar y que Dios, enviando a su propio Hijo, efectuó. Pero ¿cuál es la razón por la cual la ley no podía hacer lo que era deseable y necesario? Porque era débil por la carne. El problema estaba en la carne. Esa era la circunstancia que hacía que la ley fracasara en su propósito para con el hombre. Entonces Dios envió a Cristo, para que hiciese aquello de lo que la ley era incapaz. Y siendo que la ley había fracasado en su propósito debido a la carne y no por ninguna debilidad en ella misma, Dios ha de enviar a su Hijo para auxiliar la carne; no para auxiliar la ley. Si la ley hubiese sido en sí misma defectuosa e impotente para efectuar aquello para lo que estaba establecida, entonces lo necesario habría sido remediar el problema que había en la ley; pero el problema estaba en la carne, y por consiguiente se trataba de socorrer a la carne.

Es cierto que se presenta en nuestros días el argumento de que, puesto que la intención de la carne es enemistad contra Dios, y no se sujeta a la ley de Dios ni tampoco puede, eso significaría que la ley no puede cumplir su objetivo, de forma que Dios envió a su Hijo para debilitar la ley, a fin de que la carne pudiera así responder a las demandas de la ley. Pero si yo soy débil y tú fuerte, y estoy necesitado de ayuda, de nada me sirve que a ti se te debilite: sigo siendo tan débil y desvalido como antes. Eso para nada me ayuda. Pero cuando yo soy débil y tú fuerte, y puedes comunicarme tu fuerza, eso sí que me ayuda. De forma que la ley tenía toda la fuerza necesaria, pero no podía cumplir su propósito mediante la debilidad de la carne. Entonces Dios, para remediar la necesidad, ha de traer fuerza a la carne débil. Lo hizo enviando a Cristo, y tenía que arreglárselas para proveer la fuerza necesaria a la carne misma que hoy poseemos, a fin de que el propósito de la ley pudiera cumplirse en nuestra carne. Está escrito: “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado... para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu”.

Ahora no vayas a hacerte una idea equivocada de la palabra “semejanza”. No se trata de la forma ni de la fotografía. No es semejanza en el sentido de una imagen, sino que lo es en el sentido de ser verdaderamente de la misma clase. La palabra “semejanza” no tiene aquí el mismo significado que en el segundo capítulo de Filipenses, que trata de la forma, de la semejanza en cuanto a la forma; aquí, en el libro de Hebreos, es semejanza en la *naturaleza*, en la carne según su propia sustancia. Así es como Dios envía a su Hijo, precisamente en la que es como la carne de pecado. Y a fin de que sea como la carne de pecado, tiene que ser carne de pecado. A fin de ser hecho carne, tal como es la carne en este mundo, tuvo que tomar precisamente la carne que había en este mundo: carne como la que nosotros tenemos, que es carne pecaminosa. Eso es lo que encierra la expresión “en semejanza de carne de pecado”.

Eso lo vemos también en los versículos 9 y 10 del segundo capítulo de Hebreos: “Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles” –no solamente en el sentido en el que el hombre fue hecho inferior a los ángeles cuando fue creado.

El hombre era inmaculado cuando Dios lo hizo un poco menor que a los ángeles. Tenía una carne impecable. Pero el hombre cayó de ese lugar y condición, y su carne se convirtió en pecaminosa.

Ahora vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles; pero no como fue hecho el hombre al ser creado un poco menor que los ángeles, sino como es el hombre después de haber pecado, y de haberse hecho aún mucho menor que los ángeles. Así es como vemos a Jesús. Leamos de nuevo: “Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles”. ¿Con qué objeto? “a causa del padecimiento de la muerte”. Por lo tanto, ese haber sido hecho menor que los ángeles tal como lo es el hombre, al aplicarlo a Cristo, significa tanto menor como lo es el hombre desde que pecó y fue sujeto al padecimiento de la muerte. Lo vemos “coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos. Convenía a aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos”.

El haberse sujetado al sufrimiento y la muerte es demostración fehaciente del punto de inferioridad con respecto a los ángeles hasta el que Cristo descendió; el punto en el que está y allí donde lo “vemos” es el punto al que llegó el hombre cuando, al pecar, descendió más bajo que cuando fue creado por Dios, que de por sí ya era inferior a los ángeles.

Leemos en el versículo 16: “Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham”. No tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino la de Abraham. Pero la naturaleza de Abraham y de su simiente no es más que naturaleza humana.

“Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos”. ¿En cuántas cosas? –En todo. Por lo tanto, en su naturaleza humana no hay ni una partícula de diferencia entre él y tú.

Leamos la Escritura. Estudiémosla detenidamente. Atengámonos a ella. Leámoslo de nuevo: “de uno son todos”. Él participó de carne y sangre de la misma forma en que lo hacemos nosotros. No tomó la naturaleza de los ángeles, sino la simiente, la naturaleza de Abraham. Por lo tanto –debido a estas razones–, le correspondía, era apropiado, “debía ser” en todo como sus hermanos. Ahora bien, ¿quiénes son sus hermanos? –La raza humana. “De uno son todos”, es la causa por la que no se avergüenza de llamarles hermanos. Debido a que somos todos de uno, él no se avergüenza de llamarte a ti y a mí hermanos. “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos”.

Así pues, en su naturaleza humana, cuando estuvo sobre la tierra, ¿fue en algo diferente a lo que vosotros sois en vuestra naturaleza humana hoy? [Unos pocos en la congregación: “No”]. Me habría gustado que cada uno de los reunidos hoy aquí hubiera respondido “No” en alta voz. ¡Sois muy tímidos! La palabra de Dios lo afirma así, y así lo hemos de hacer nosotros, ya que hay salvación en ello. No es sólo que la haya, sino que la salvación de Dios hacia los seres humanos descansa precisamente en ello. No hay razón para ser tímidos al respecto. Ahí es donde radica nuestra salvación, y no estaremos seguros de nuestra salvación hasta no haberlo alcanzado. Aquí la encontramos: “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos”. ¿Con qué fin? “para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo”. ¿Podéis ver que nuestra salvación se encuentra precisamente ahí? ¿No podéis ver que es ahí precisamente donde Cristo viene a nosotros? Vino a nosotros exactamente allí en donde nosotros somos tentados, y fue hecho como nosotros precisamente en donde somos tentados; y ese es nuestro punto de encuentro con él: el Salvador viviente contra el poder de la tentación.

El versículo 14 del cuarto capítulo de Hebreos dice así:

“Por tanto, teniendo un sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”.

Jamás habría podido ser tentado en todo tal como lo es el hombre, de no haber sido hecho en todo como soy yo. Por lo tanto “debía ser” hecho en todo como yo, si es que ha de auxiliarme allí donde necesito la ayuda. Sé que es precisamente ahí donde lo necesito. Y sé que lo encuentro ahí justamente. ¡Gracias al Señor por ello! Allí está Cristo, y allí mi auxilio.

“No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse”. Encontramos aquí dos negaciones; ¿qué es, pues, lo que tenemos, en el lado afirmativo? –Tenemos a un sumo sacerdote que *puede* compadecerse de nuestras debilidades, –de las mías, de las tuyas, de las nuestras. ¿Siente él mis debilidades? –Sí. ¿Siente las tuyas? –Sí. Debilidades, flaquezas: son términos muy expresivos. Todos los conocemos. Todos nosotros tenemos muchas de ellas. Sentimos nuestras debilidades. Gracias sean dadas al Señor: hay Uno que las siente también. No sólo que las siente, sino que se compadece de ellas. El término compadecerse encierra más que simplemente el que él sienta nuestras debilidades, que

sienta como nosotros. Es cierto que siente como nosotros, pero además se conmueve, se compadece; despiertan su afecto y simpatía. Se conmueve con tierna solicitud y nos auxilia. En eso consiste el que se compadezca de nuestras debilidades. ¡Gracias al Señor por un Salvador como él!

Pero insisto: no pudo ser tentado en todo como lo soy yo, a menos que fuese hecho en todo como yo lo soy. No pudo sentir como yo si es que no estuvo donde yo estoy, y *como* estoy yo. Dicho de otro modo: no pudo ser tentado en todo como yo lo soy, y sentir como yo siento, a menos que él fuese precisamente *yo mismo*. Dice su palabra: “tentado en todo según nuestra semejanza”.

Estudiemos eso en mayor profundidad. Hay ciertas cosas que representarán para ti una poderosa tentación, que ejercerán en ti una fuerte atracción, y que sin embargo serán para mí una insignificancia. Otras cosas me atraerán a mí vivamente, tendrán en mí un poder casi irresistible, mientras que a ti ni te afectarán. Aquello que significa una poderosa tentación para algunos, puede no serlo en absoluto para otros. Entonces, para poder auxiliarme, Jesús tiene que estar allí donde pueda sentir lo que yo siento, y ser tentado en todos los puntos en los que yo pueda serlo, en la medida en la que yo puedo ser tentado. Pero dado que aquello que me tienta a mí puede no hacerlo contigo, y que aquello que a ti te tienta quizá no me tienta a mí, Cristo ha de estar allí donde estamos tanto tú como yo, y alcanzar así a las tentaciones de ambos. Ha de sentir todo aquello con lo que te las has de ver, aún sin afectarme a mí, y lo que me afecta a mí aunque tú no lo sientas. Ha de tomar el lugar de ambos. Y así lo hace.

Hay otro tercer hombre. Tentaciones que le afectan a él pueden no afectarnos a ti ni a mí. Por lo tanto Cristo hubo de tomar todos mis sentimientos y naturaleza, los tuyos y los de ese tercer hombre, a fin de poder ser tentado en todo como yo, como tú y como él. Pero cuando él nos toma a ti, a mí y al otro, ¿a cuántos abarca eso? —A la totalidad de la raza humana.

Y esa es exactamente la verdad. Cristo estuvo en el lugar, y tuvo la naturaleza de la totalidad de la raza humana. Y en él confluyeron todas las debilidades del género humano, de forma que todo hombre en el mundo que pueda jamás ser tentado, encuentra en Jesucristo poder contra la tentación, y liberación del poder de esta. Esa es la verdad.

Analicémoslo desde otro punto de vista: Satanás, el dios de este mundo, está interesado en que seamos tentados tanto como sea posible; pero no necesita emplear mucho de su tiempo ni de su poder para hacer que sucumbamos a la tentación.

Ese mismo Satanás estuvo aquí presente, y estuvo muy particularmente interesado en hacer que Jesús cediera a la tentación. Probó a Jesús en todo punto en el que pudiera jamás probarme a mí a fin de inducirme al pecado; y lo procuró en vano. Fracasó de la forma más absoluta en hacer que Jesús consintiera en pecar en cualquiera de los puntos en los que yo pueda jamás ser tentado a pecar.

Tentó también a Jesús en todo punto en el que te tienta, o pueda jamás tentarte a ti a fin de inducirte a pecar. Y también en eso fracasó estrepitosamente. Eso nos afecta a ti y a mí. Jesús venció en todo punto, en tu favor y en el mío.

Pero cuando Satanás tentó a Jesús en todo aquello en que nos ha tentado a ti y a mí, y fracasó, intentó más que eso. Procuró tentarlo también en todo aquello en lo que tienta a ese otro hombre. En consecuencia, lo tentó en todo aquello en lo que pueda ser tentado cualquier miembro de la raza humana.

Satanás es el autor de toda tentación, y tuvo que probar a Jesús en todo punto en el que hubiera de probar jamás a cualquier ser humano. Lo tuvo que probar igualmente en todo punto en el que Satanás sea capaz de producir la tentación. Y obtuvo siempre la misma derrota. ¡Gracias al Señor!

Más aún: no es sólo que Satanás hubiera de tentar a Jesús en todo punto en el me hubiera de tentar a mí, sino que tenía que tentarlo con mucho más poder del que nunca pudiera ejercer contra mí. Nunca tuvo que emplearse demasiado a fondo para que yo cediera a la tentación. Pero debió procurar con todas sus fuerzas tentar a Jesús en todos aquellos puntos en los que ha tenido éxito en hacer que yo caiga en el pecado, o en que pueda jamás caer. Empleó contra Jesús todo el poder de la tentación del que es capaz, y fracasó. Gracias al Señor por ello. Así, en Cristo soy libre.

Lo mismo cabe decir de las tentaciones tuyas y de las del otro hombre. En cada caso, Satanás fracasó por lo que respecta a hacer pecar a Jesús, y tanto tú como el otro hombre sois libres en Cristo.

Por lo tanto debió probar a Jesús en todo punto en el que la raza humana pudiera ser probada, y fracasó. Lo tentó con toda la sagacidad de que es capaz, con todo su poder y sutileza en cada uno de los puntos, y fracasó.

Eso significa que hay un triple y completo fracaso por parte de Satanás. En presencia de Cristo, Satanás queda absolutamente derrotado. Y en Cristo somos vencedores de Satanás. Dijo Jesús: “Viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en mí” (Juan 14:30). En Cristo, pues, escapamos a Satanás. En Cristo hallamos a Satanás como un enemigo completamente vencido y derrotado.

Eso no equivale a decir que nuestra lucha terminó. Pero equivale a decir, y de la forma más enfática y gozosa, que *en Cristo* peleamos la pelea de la *victoria*. Fuera de Cristo luchamos, pero es una lucha perdida. En él nuestra victoria es completa, de igual forma en la que en todo otro aspecto estamos completos en él. Pero jamás olvidéis esto: ¡es *en él!*

Entonces, habiendo Satanás agotado todas las tentaciones que conoce o pueda nunca conocer, y habiendo agotado en vano todo su poder para tentar, ¿a qué queda reducido en la presencia de Cristo? ¿Cuál es su condición? –La impotencia. Y cuando nos encuentra en Cristo, y procura alcanzarnos y acosarnos, ¿qué se hace manifiesto? –Su impotencia. ¡Alabado y magnificado sea el Señor!

Alegrémonos por ello, ya que en él somos victoriosos, en él somos libres. En él, Satanás es impotente por lo que respecta a nosotros. Estemos agradecidos por ello. Estamos completos en él.